cristianismo y sociedad

Antonio López Baeza

Por una Iglesia al servicio del mundo

Compartir la alegría de la fe

Desclée De Brouwer

Antonio López Baeza

POR UNA IGLESIA AL SERVICIO DEL MUNDO

Compartir la alegría de la fe

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO – 2018

© Antonio López Baeza, 2018

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2018
C/ Henao, 6 - 48009 BILBAO
www.edesclee.com
info@edesclee.com

EditorialDesclee

@EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España - Printed in Spain
ISBN: 978-84-330-3005-4
Depósito Legal: BI-1502-2018
Impresión: Grafo, S.A. - Basauri

¿Por qué necesitamos "otra iglesia"?

Descárgalo gratis en edesclee.info con el código:

OTRAIGLESIA3005

ÍNDICE

Prefacio del autor 13

I.– Ser cura al servicio del pueblo 17

II.– "No" al clericalismo eclesial 39

III.– "No" a una predicación indoctrinadora. 55

IV.– "No" a una liturgia ritualista 67

V.– "Sí" a una Iglesia pobre y de los pobres 81

VI.– "Sí" al cultivo de la vida interior 95

VII.– "Sí" a una evangelización desde la comunidad . . . 107

VIII.– Gracias porque Dios cuenta conmigo para la salvación del mundo 119

IX.– Gracias porque en Jesús de Nazaret se nos ha dado el modelo del humano fiel a sí mismo. . . 129

X.– Gracias por haber conocido y servido a un Dios que es amor 139

Bibliografía 149

PREFACIO DEL AUTOR

No es necesario decir, pero me satisface hacerlo, que este libro es hijo, no solo de mi experiencia de cincuenta años de cura, sino a la vez de haber llegado a vivir hasta el momento de tener como Papa, obispo de Roma, a Francisco. Su exhortación *Evangelii Gaudium,* me hizo botar de entusiasmo, al comprender que este Papa decía, desde su plataforma privilegiada, lo mismo que otros veníamos diciendo desde las bases de nuestra Iglesia, queriendo ser fieles al espíritu del Vaticano II, y siendo por ello mismo considerados *non gratos*. Pero nunca cedí a creer que, cuanto se dice en las páginas que siguen, fruto de mi actividad pastoral y de mi oración y reflexión, no fuese digno de los intentos sinceros de predicar el Reino a la luz de aquel concilio, que nació con la ilusión de hacer el mensaje evangélico más cercano y comprensible al humano de hoy.

Porque amo mucho este mundo y todo lo que él contiene, no puedo dejar de echar mano a lo mejor que encuentre para ayudar a que este mundo y los humanos que lo habitan, sean felices, es decir, alcancen plenitud de vida. Y los documentos del

Vaticano II, releídos y meditados a la luz de las realidades del mundo y de la Iglesia que me ha tocado vivir, no ha cesado de prestarme ideas claras, impulsos de gozo y apasionado anhelo de poner en práctica tan valioso arsenal de liberación humana, en el encuentro con Dios.

Los tres "no" que componen la primera parte de este libro, tras el reconocimiento de la revolución que supuso entender la Iglesia como *Pueblo de Dios* peregrino en la tierra, son un rechazo a tres inveterados vicios del catolicismo tradicional, que impiden con su práctica comúnmente aceptada, hacer realidad los tres "sí" que componen la segunda parte. Si he podido mantener el entusiasmo evangelizador a lo largo de estos cincuenta y pico de años, ha sido, sin duda, por el sostén que me han brindado estos tres pilares: la opción preferencial por los pobres, la primacía de la contemplación y la evangelización desde la comunidad.

Cierran estas páginas tres acciones de gracias, en las que se contiene mi reconocimiento de cuánto bien me ha hecho a mí, personalmente, ser cura a la luz del Vaticano II; y haber luchado por una Iglesia y una acción pastoral de encarnación en el mundo y de colaboración celebrativa con cuanto de noble y hermoso se encuentra en él.

Cuando uno se sabe en el declive de la vida, mirar hacia atrás y poder hacer una síntesis como la que aquí presento, llena el alma de paz; se agradece todo el sufrimiento que pudiera suponer la renovada fidelidad al ministerio encomendado por la Iglesia y pretendido realizar a la luz del Vaticano II; y se mira

a la muerte con ojos también agradecidos: ella sola puede ser la corona, el cumplimiento, la resurrección de tanto anhelo de abrazo que ha enardecido mi vida de hombre y de creyente en el Dios de Jesús.

En Archena (Murcia) a 4 – III – 2018

I
SER CURA AL SERVICIO DEL PUEBLO

Fui ordenado presbítero de la Iglesia de Cartagena en España el mismo año en que se clausuró el Concilio Vaticano II. Había vivido, junto con otros compañeros de seminario, con gran expectativa y entusiasmo, el desarrollo del concilio de Juan XXIII y Pablo VI. Sabía muy bien que me ordenaba para trabajar en la reforma de una Iglesia muy necesitada de aires nuevos, como acertara a decir el Papa impulsor de tan gran acontecimiento. Ya, en aquellos momentos finales del magno evento y de comienzo de una nueva era eclesial, no se nos ocultaba que nos íbamos a tropezar con no pequeñas dificultades si queríamos ser fieles al espíritu del Vaticano II. Pero nos sentíamos pioneros de una hermosa empresa, y la audacia de nuestra juventud no era poca.

La tarea era, ciertamente, inmensa; pues se trataba de pasar de una Iglesia de cristiandad a otra de misión, más preocupada por el mundo de los alejados y de los pobres, que por el mantenimiento de su poder e influencia moral en la sociedad civil. El llamado nacionalcatolicismo, había hecho de la Iglesia católica en España un baluarte del aparato del régimen franquista.

Una Iglesia al servicio del mundo, tal como nos pedía la *Gaudium et spes*, y otros muchos documentos del Vaticano II, debía aparecer como una voz profética y una fuerza de cambio en la sociedad española, libre de todo afán de poder de cualquier tipo. Una Iglesia que, habiendo perdido en el pasado sus poderes políticos y económicos, se disponía también ahora a perder su poder moral, que debería pasar a ser la autoridad de quien nada impone a nadie, y defiende los valores de la vida para todos mediante su entrega desinteresada al bien común. La imagen de Iglesia que debería aparecer de la puesta en práctica del Vaticano II, ¿en qué se parecería a la de cristiandad, que habíamos heredado?

No era, pues, pequeña la reforma que, en su tarea pastoral, necesitaba llevar a cabo la Iglesia que recibíamos del pasado, enfrentada proféticamente con la nueva sensibilidad y los grandes cambios culturales y sociales de nuestro tiempo. En mi mente y en el corazón de muchos compañeros de generación, se hacía urgencia operativa aquello de, *a vino nuevo, odres nuevos* (Mc 2,21-22). Aquella generación de curas nos convertimos, sin pretenderlo, en el icono de una nueva religiosidad cristiana. Se pretendía ofrecer al mundo el vino del Reino, el buen sabor de Cristo, adaptado a paladares más críticos a todo valor impuesto desde arriba. Los odres nuevos, tenían que ser elaborados por la imaginación y creatividad de una pastoral audaz y arriesgada. De acuerdo con la confianza en las palabras de Jesús: *Vosotros haréis las obras que yo hago, y aún mayores, porque me voy al Padre* (Jn 14,10-14), interpretadas a la luz de estas otras del Resucitado: *he aquí que todo lo hago nuevo* (Apc 21,5),

entendimos que, la fidelidad al Vaticano II, era inviable sin romper muchos de los viejos moldes heredados. Una nueva manera de ser cura comenzaba a perfilarse. El valor encarnación se hacía requisito principal del ministerio.

¿Fuimos, tal vez, impacientes en nuestro deseo de llevar a cabo los cambios necesarios para la evangelización de nuestro mundo? No faltó quien de ello nos acusara. Encontramos resistencia y choque por parte de responsables pastorales e incluso compañeros de trabajo que, en no pocas situaciones en las que nos veíamos urgidos a actuar con medidas improvisadas, elegíamos siempre aquellas formas más cercanas a la comprensión de la gente sencilla y al compromiso solidario en lo social y político. Pero hoy, cincuenta años después, agradezco aquellas tensiones pastorales, porque todavía era posible el diálogo intraeclesial, que tanto hemos echado de menos desde la década de los ochenta del pasado siglo hasta casi el momento en que esto escribo. Lo cierto es que, todo aquel empeño postconciliar por poner de manifiesto la realidad de una Iglesia al servicio del mundo, fue madurando nuestro ser y nuestro quehacer en línea con el Evangelio del Reino. Porque, uno de los mayores y más explícitos servicios del Vaticano II a nuestra teología pastoral, fue, sin duda, ayudarnos a no confundir Iglesia con Reino de Dios, situando siempre la primera en función del segundo.

Poco a poco comprendimos que, nuestro ministerio, debía estar más en consonancia con un sacerdocio mesiánico/profético que con el jerárquico/litúrgico, para el que se nos había formado en el seminario. Esta conversión supuso el gozoso descubrimiento de que no se podía ser un buen cura si no se estaba en

medio del pueblo cristiano como uno más, sin prerrogativas de poder que no fuera el del amor compartido entre hermanos. Si intento, en algún modo y medida, estar por encima del *Pueblo de Dios,* no podré ejercer ese sacerdocio mesiánico, que solo se vive en la igualdad y reciprocidad con los bautizados, todos ellos *piedras vivas* (cf. 1P 2,4-10; Ef 2,20-22) del edificio, cuya piedra angular es Cristo. Yo solo soy sacerdote (ministro) para servir al *pueblo sacerdotal* del que he nacido, y cuyo crecimiento en línea con el Reino, lleva consigo mi mejor y mayor crecimiento humano/espiritual.

El descubrimiento de un ministerio que no se funda en jerarquía de poderes sacrales, sino en la sacralidad del servicio, trastocó todos mis esquemas pastorales, dejándome desnudo de toda seguridad que no fuese la de ser fiel a mí mismo (como persona y como creyente), y la de vivir al servicio del pueblo, a cuya escucha debía dirigirse mi conciencia iluminada por la fe. Escuchar al pueblo era el primer deber de un cura no clerical; para así conocerlo mejor en su entera realidad, y poderle anunciar, con hechos y palabras, un evangelio de respuesta a sus necesidades reales.

El *Pueblo de Dios* como nuevo paradigma eclesial

Nos llenó de entusiasmo y esperanza combativa la autodefinición de la Iglesia como *Pueblo de Dios peregrino en la Tierra*. En tal definición, advertíamos toda una revolución en la comprensión práctica del misterio y ministerio eclesial. Se hacía patente aquello de que *estamos en el mundo sin ser del mundo*

para el bien del mundo, para que el mundo crea (Jn 17). Y las cuatro notas constitutivas de la institución eclesial: una, santa, católica y apostólica, cobraban aún mayor relieve con su dimensión peregrinante; pues cada una de ellas se autentifica en su caminar hacia metas cada vez de mayor plenitud en su significado y contenidos de salvación para el mundo.

Nunca dejará de ser una la Iglesia de Cristo; pero tal unidad en marcha, se nutrirá del pluralismo en diálogo, regido por la caridad. Ni dejará de ser santa, porque lo son su origen y su meta; pero aceptando su pecado en el tiempo, al ser vehiculada por manos pecadoras. Su ser católica, pasaba a significar, de haber sido el refugio de los puros, a reconocer su enorme capacidad de acogida a los valores en general de la vida, y a todos los defensores de la misma, luchadores por un mundo justo y fraterno: un estar al servicio del mundo, donde el amor de Dios está salvando ya eficazmente a los hombres y las mujeres que peregrinan en el tiempo buscando sentido para sus existencias. Finalmente, su apostolicidad, nos remitía a la experiencia de los primeros discípulos, coincidente con el *aggiornamento* pedido por el papa Juan XXIII como nervio de la reforma conciliar.

La unidad de la Iglesia ya no volvería a ser jamás el ejército de creyentes que cierra filas frente a imaginarios enemigos del exterior a combatir (o de los que defenderse). Ni el refugio de los puros de la doctrina y los obedientes a la norma. La conciencia de pertenencia de todos al *Pueblo de Dios,* une a laicos, consagrados y ordenados en el único frente común que es el de trabajar por el Reino, en la parcela del mundo en que cada comunidad se halla inserta. Sin división entre una Iglesia que

enseña y otra que aprende; pues en ella todos bebemos de la misma fuente, del mismo Espíritu.

El concepto de *pueblo,* recién estrenado (recuperado) para las Iglesias Cristianas, abría un vastísimo horizonte de participación de todos los bautizados y de responsabilidad compartida (sinodal) que nos ayudaría a frenar el fácil y trasnochado clericalismo (tan nefasto siempre en la Iglesia a lo largo de sus muchos siglos). Aquel "nada sin el obispo", tan inculcado en la eclesiología de carácter jurídico y jerárquico, más que de comunión en los carismas eclesiales, dio paso a esta otra formulación: "nada sin el pueblo de Dios". Incluso, "nada sin los laicos", porque, en el fondo, sin los laicos no hay pueblo. También los ministros ordenados están dentro del pueblo, y lo están (o deben estar) como humildes servidores de la vida y misión de las comunidades creyentes.

La existencia de un clero aceptado comúnmente como técnico especialista en las cuestiones eclesiales, y como si solo a través de sus manos pasara la gracia al pueblo creyente, negando en la práctica la corresponsabilidad de todos los bautizados en la marcha de sus comunidades, es causa principal de ese infantilismo tan acusado que tanto merma la calidad y el atractivo de las Iglesias en el contexto de una cultura democrático/participativa. Ser un don nadie o un cero a la izquierda en la sociedad en que te mueves y en sus organizaciones de las que eres parte, aleja de las Iglesias a personas maduras que saben muy bien que, los objetivos comunes solo se alcanzan con la participación responsable de todos sus miembros. Los cristianos de talla humana, conscientes de la riqueza de

su bautismo, y fieles a su conciencia de levadura en la masa, se convertirán en uno de los focos de atracción más seductores de una Iglesia que es icono de la Trinidad, es decir, realidad que no puede subsistir fuera de la comunión total.

Con el clero por un lado y el pueblo (los demás bautizados) por otro, el primero como poder sagrado, y el segundo mero receptáculo de los dones que la jerarquía dispensa con pleno poder, nunca florecerá un laicado adulto en las Iglesias; ni la experiencia del amor de Dios compartida llegará a constituir el impulso de una festiva celebración y de una evangelización en que, la salvación para todos, se manifieste como crecimiento personal, espíritu de comunicación y servicio, conciencia crítica y felicidad compartidas. El alcance del servicio ministerial de los ordenados, se hará evidente, cuando ellos dejen de ser jerarquía por encima, separada del pueblo. El mandato (poder) de enseñar, santificar y guiar al *Pueblo de Dios* peregrino en la tierra, no recae exclusivamente sobre los ministros ordenados; es tarea de la comunidad creyente, que lo ejercita a través de la puesta en práctica de todos los carismas eclesiales. Así la Iglesia será también modelo para el mundo de una sociedad organizada mediante la necesidad de todos y sin exclusiones de nadie.

Un ministerio presbiteral despojado de todo rasgo de poder temporal

La concepción de la Iglesia como *Pueblo de Dios*, creo que fue para mí el gran aldabonazo del Vaticano II. Cuando

nos llegó el decreto sobre *Vida y ministerio de los presbíteros* (que fue el último en emanar del Aula Conciliar), yo me sentía tan embriagado de los contenidos de la *Gaudium et Spes*, de la *Lumen Gentium*, del decreto *Ad Gentes* y de la declaración sobre la Dignidad Humana, entre otros, que, *Presbyterorum Ordinis* fue para mí más que suficiente, al ser leído en el contexto de aquellos otros documentos que tan feliz me habían hecho, confirmando mi fe en Jesucristo y mi vocación ministerial.

Los tres valores eje que sostienen –según la *Presbyterorum Ordinis*– la vida y el ministerio de los presbíteros, a saber: a) la **imitación de Cristo**, b) la **caridad pastoral,** y c) la **comunión eclesial**, me resultaban sugerentes y suficientes para pretender ser un buen cura en la línea del Vaticano II. La imitación de Cristo que se propone como base del ministerio de los presbíteros, es, sin duda, el camino y la gracia de todos los bautizados. Si bien, la dimensión del *buen pastor* al servicio del sacerdocio real de todos los fieles, sin ambiciones de poder ni ínfulas de liderazgo alguno, confieso, me sedujo.

Comenzó entonces a molestarme el "don" con que las personas, cristianos o no, de mi medio social, se solían dirigir a mí, como trato de dignidad. Sotanas y clerigman desaparecieron de mi atuendo. Simplifiqué ritos y vestiduras en las celebraciones sacramentales. Intenté vivir con los medios de los más modestos en poder adquisitivo de mi entorno. Y defendí, con todas las fuerzas a mi alcance, un modo de ser cura entre la gente sencilla, utilizando su lenguaje y poniendo a su promoción mis conocimientos y cualidades personales.